



EL IRIS.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO.

EDUCACION EN ESPAÑA.

Cuando el poderío de la casa de Austria dominaba la mitad de la Europa, y explotaba las ricas entrañas del continente americano, fácilmente podía prescindir el gobierno de la actividad intelectual de los españoles. La aristocracia comprimida, pero opulenta, había trocado su penacho feudal y sus castillos por la librea y las antecámaras del palacio de los reyes. Poseedor de rentas cuantiosas, con intervención directa en el poder, el clero ganaba todos los días en su magnífica organización preponderancia y prestigio. La clase media, activa y bulliciosa en las antiguas cortes y en el recinto de las ciudades libres se entregaba á la escasa y fácil aunque productiva industria que el monopolio de América proporcionaba. Contenta además con su influencia política y social, enviando á sus miembros á renovar las falanjes eclesiásticas, ó á ocupar los más encumbrados puestos de la milicia, segura de llegar á

Tomo I.

todas las altas dignidades en el absoluto y democrático régimen de la monarquía española, nada reclamaba del poder que le abría tantas comarcas vírgenes para la explotación. Sin necesidad de gravar con pesados impuestos al país, las flotas de Méjico y de Chile traían periódicamente al gobierno poderosos recursos con que remediar sus atenciones, costear sus guerras, satisfacer la ambición de los magnates y dar alimento á la espantosa sima del desorden rentístico de España. Ni la aristocracia, ni el clero, ni la clase media, ni el gobierno tenían pues interés directo en adelantar la educación y desarrollar la organización intelectual de los individuos. El pueblo bajo no la pedía tampoco, ya porque en ningún país puede comprender el pueblo bajo las ventajas de una educación que acepta siempre por sorpresa cuando la recibe, ya porque la guerra y la emigración á las Indias occidentales le ocupaba, ya también porque había visto á los héroes de su época, á los conquistadores de Chile y del Perú, sujetar, sin saber leer siquiera, dominios fértiles é inmensos á la corona de España. La cruz y la

espada eran los medios mas poderosos de civilizacion en aquel tiempo: á la cruz ó á la espada se arrojaban todos los hombres audaces ó ambiciosos.

La casa de Borbon, si bien levantó un poco de su desmayo á la nacion abatida y decrépita en tiempo de Carlos II, introdujo modas trívolas de Francia, sistemas inaplicables y estériles al país, sin curar los verdaderos y antiguos males que aquejaban al cuerpo social. La educacion permaneció completamente desatendida: las artes y las ciencias ganaron pocos prosélitos: los jesuitas solo con una actividad maravillosa, con un tino especial y afortunado empezaron á desarrollar en tiempo de Fernando VI su sistema de enseñanza: ¿qué habia de suceder? La congregacion, fuerte ya por el apoyo de Roma, hizo conquistas importantes en el mundo de la intelijencia: en su seno se aprendia mejor y con mas facilidad que en parte alguna: se monopolizó la educacion de la juventud, y este monopolio fué hasta cierto punto un bien, hasta cierto punto un mal: fué un bien, porque se propagó la enseñanza clásica y pura, porque se formaron hombres eminentes bajo una direccion hábil y acertada, porque perdió su prestigio la rutinaria é indijesta escolástica de los antiguos colejios: fué un mal, porque quedaban impresas en las imagina-ciones jóvenes máximas de equívoca aplicacion; porque se acostum-

braban los hombres, que habian de figurar y dominar tal vez en la gerarquía civil, á pensar bajo el punto de vista de las preocupaciones é intereses eclesiásticos. La sociedad de Jesus ganaba por momentos preponderancia y fuerza: admirable en su organizacion, disimulada y tolerante, recordaba los mejores dias del clero romano: pero el poder temporal era muy fuerte y estaba muy bien servido á fines del siglo que pasó: la lucha duró algun tiempo, pero una medida, tan atrevida como hábilmente ejecutada, arrancó de raiz á la sociedad Jesuítica del territorio de España.

Esta resolucion fue el acto mas grande del reinado de Carlos III: en el órden político era el preludio de los mas brillantes resultados: en el órden intelectual fue un mal, un mal gravísimo para la juventud española. Mientras que se formaban escuelas y colejios, obligóse á beber en fuentes impuras y groseras las nociones científicas mas triviales: el terror á la revolucion francesa paralizó luego la marcha progresiva del gobierno; y la guerra de la Independencia, sangriento y magnífico remate de las campañas contra la República, interrumpió durante 6 años el escaso progreso intelectual de la nacion, absorbiendo todas sus fuerzas en la espantosa lucha, y derramando en tanto los raudales de desmoralizacion que deja en un país ajitado el paso continuo de

ejércitos estranjeros. La restauracion, la época constitucional, la década absolutista han sido reacciones sobre reacciones, egoistas y violentas, que han dejado sobre sus huellas ruinas por vestijios. La educacion del pueblo quedó completamente desatendida, excepto cuando los poderes efimeros que tiranizaban la sociedad dictaban disposiciones absurdas ó impracticables, publicadas hoy, olvidadas justamente mañana. Y sin embargo la España habia perdido sus antiguas posesiones, y en pena de su ignorancia y descuido, habia visto desprenderse de su corona los ricos florones de sus colonias de América. El monopolio no alimentaba ya fáciles y atrasadas industrias: las flotas de la India no venian ya á mantener la pobreza de un gobierno imprevisor. Y cuando despues de una guerra sangrienta y dura, tras largas é infecundas convulsiones politicas, volvió en sí la nacion española, se vió aislada en su pobreza, y contempló con envidia á los estados comarcanos, abatidos un día, florecientes hoy, gracias á la educacion, á la actividad, al trabajo de sus individuos.

Desde el año 1833 no se ha presentado un ministerio que no haya señalado su administracion con algun decreto relativo á la instruccion pública: curioso seria el cotejo de todos los hasta ahora publicados: las mismas disposiciones inobservadas

se repiten en órdenes inobservables. Las causas son óbvias para cualquiera: sin recursos para plantear establecimientos de enseñanza, sin comunicaciones interrumpidas por la guerra civil, sin otros agentes que unos gefes politicos de escasas y mal deslindadas atribuciones, el mejor proyecto se estancaría, las mejores resoluciones serian infructíferas. Y si á estas razones se añade la falta de tiempo y gusto que nuestros ministros parlamentarios han tenido, ocupados siempre con las atenciones de la guerra y los combates de la tribuna; si se considera que el ministerio de la Gobernacion está sobrecargado de negocios que no desempeña, y que la instruccion pública es planta tan delicada que exige un cultivo especial y constante, se comprenderá facilmente cuán árduo, sino imposible, debe ser para un gobierno de cualquier clase arreglar la enseñanza del pueblo, objeto de la mayor gravedad para una nacion que aspira á figurar, á vivir siquiera entre los estados de Europa.

Si examinamos con atencion nuestras Universidades, hallaremos la anarquía mas absurda señora y reina de la alta educacion. De su seno salen los profesores, los médicos y los jurisconsultos; pero ciertamente el que no sepa otra cosa que lo que en los claustros universitarios haya aprendido, estará, á pesar de su aplicacion y de su talento, en los mas bajos escalones de las ciencias; y



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

si bien hubiera podido brillar con sus estudios hace dos siglos, no podrá hallarse hoy ni aun al nivel de las mas pobres medianías extranjeras. Lo mismo puede decirse de la antigua institucion de los colejos mayores, fundados generalmente por prelados y arreglada su organizacion y disciplina á robustecer los intereses eclesiásticos. El edificio de la antigua enseñanza tiene grietas en todos sus ángulos y cae á pedazos, porque no responde á las necesidades de la sociedad moderna. Si la mano del gobierno hubiese ido modificando lentamente los métodos antiguos á medida que la época adelantaba, si por reformas pausadas y oportunas se hubiesen introducido sin turbacion, sin violencia, las nuevas teorías en los establecimientos de enseñanza, ciertamente los antiguos institutos conservarian hoy toda la brillantez y prestigio de su orijen, con la riqueza de sus tradiciones, el respeto de la sociedad y el porvenir de la juventud. Tales como se hallan en el dia, solo sirven de estorbo para una organizacion general en la educacion; y sus rentas, sus recursos se consumen y dilapidan sin provecho para la enseñanza.

Tal vez algunos seminarios, como el de Vergara, han tenido en nuestros tiempos una época de arreglo: tal vez se han levantado algunos colejos bien dirigidos para morir luego faltos de apoyo, perseguidos por el gobierno, ó

por otras corporaciones que celar debieran la instruccion. Pero entre todos los establecimientos, solo las Escuelas Pías han permanecido fieles á la antigua impulsión comunicada por los ministros de Carlos III en tiempos mas felices: y por una escepcion honrosa que es ciertamente de extrañar, el respeto de los hombres de todas las opiniones acompaña y anima á los Escolapios en sus importantes y desinteresadas tareas.

No es de este lugar, ni nos hallamos con fuerza para plantear un sistema de educacion: sobran planes luminosos presentados en distintas épocas al gobierno, y no faltan hombres que, en el estudio y en la observacion de los institutos extranjeros, han hallado datos para trabajos de tanta nota. Pero hay un punto á que nunca se ha prestado atencion y que es sin embargo clave y base de un buen método de enseñanza, sobre todo en un país agrícola como la Península, donde la industria y el comercio tienen escasa y miserable vida, donde está por crear todo cuanto dá fuerza y esplendor á las sociedades modernas. La educacion debe dividirse y distribirse de dos maneras: una para las clases acomodadas, otra para el pueblo.

No puede ser nuestro ánimo decir que ciertos conocimientos se pongan fuera del alcance de las clases pobres, condenándolas por tanto á una eterna inferioridad: no: sea li-

bre la enseñanza, pero haya enseñanza para todos. La instrucción primaria es igual en cada uno, porque cada uno necesita saber los rudimentos de educación que son las llaves de todos los conocimientos humanos; pero al pasar de allí, la instrucción clásica, la instrucción de los colejos, la instrucción de las universidades es sola, exclusivamente para el hombre acomodado, so pena si así no sucede, de proteger la desmoralización y el desorden. ¿Qué educación pueden conseguir hoy todos los jóvenes que, aun sin ser proletarios, tienen que depender de su trabajo futuro? Como si todos hubiesen nacido para ministros, diputados, literatos, abogados ó periodistas, aprenden idiomas y literatura en los colejos, se empapan en la historia antigua, y se arrojan luego en un mundo que no conocen para comprar su subsistencia entre materiales y afanosas tareas.

Sagrada es la causa de las ciencias, profundo respecto merecen sus adictos, pero ¿no es triste ver á una juventud ansiosa y brillante consumirse en estériles y ambiciosos proyectos de fortuna que nunca se realizarán? El destino de casi todos los hombres en la época que alcanzamos es el trabajo material: afanarse para labrar una fortuna independiente, afanarse para conservar la herencia paterna entre tantas convulsiones, afanarse en el patio de una fábrica, sobre la carpeta

de un escritorio, afanarse en el cuidado de las labores del campo, un afán sin término, puramente material, es el lote de los hombres. La sociedad antigua era un campo de batalla, una plaza fuerte: la sociedad moderna, taller, almacén, ó campiña, es siempre una gran colmena donde cada uno tiene marcada su tarea. Algunos individuos, sea por orgullo, sea por pereza como el zángano, se apartan de esta fatigosa actividad, y viven y mueren solos: pero la generalidad que anhela y debe vivir en el mundo y con el mundo, que aspira á un rango cualquiera en la sociedad, necesita precisa, indispensablemente la instrucción en los negocios, los conocimientos en la industria, las nociones campestres en la agricultura. Para hacer esta vida material, ¿de qué sirven las ciencias abstractas y la filosofía, las bellas artes y la literatura?

De nada sirven, y sin embargo, suprimirlas de la educación sería un absurdo: ellas purifican el entendimiento, fortifican el alma y abren el raudal de las más nobles sensaciones. Pero no debieran monopolizar la enseñanza secundaria: la instrucción utilitaria, la educación práctica, los estudios que se aplican á las profesiones vulgares deben hallar ancha cabida. ¿Dónde tenemos, ni ha pensado en crearse siquiera, escuelas de artes y oficios? Aun ahora mismo, cuando los montes de Murcia, los pozos antiguos de

los romanos llaman la atención por la inmensa riqueza mineral que contienen, hay maestros y operarios hábiles en abundancia y proporcion regular para la explotación, sin concurrencia extranjera? ¿Todas las artes útiles han sido hasta ahora desatendidas: si para promover los estudios jurídicos ó filosóficos se abandona el cuidado de las profesiones materiales, la sociedad no puede menos de perder en tan desacertada elección. Y ha de padecer también el individuo, porque los goces científicos ó artísticos exaltan la imaginación en los primeros años de la vida: fuera de esa esfera, todo disgusta, todo cansa: los esfuerzos con que apremia la existencia positiva la hacen incómoda y odiosa, y en ese fastidio del alma, en ese cansancio del entendimiento, no hay lugar para la vida modesta del retiro, para la vida laboriosa y agitada de la ambición, si la ambición se despierta algún día.

La mayor parte de los hijos de los labradores castellanos, de los ganaderos extremeños, de los cultivadores andaluces camina á Granada, á Sevilla ó á Madrid á aprender jurisprudencia ó medicina. Sin negocios y sin enfermos, los jóvenes pierden luego el tiempo en la ociosidad, hasta que cansados de esperar una fortuna que no llega, vuelven, pasada la mejor parte de su vida, al cuidado de sus campos, sin otras reglas para el cultivo que los aforismos de Hipócrates ó las sentencias de Tri-

boniano. Desengañados de sus esperanzas y fastidiados de la vida monótona de las aldeas, desprecian las labores de los campos, inútiles ya para la vida pública, inhábiles para la vida privada.

Hay una instrucción secundaria materialista, si puede llamarse así, que no excluye de modo alguno la educación literaria, sino que modera y dirige sus tendencias. No basta favorecer la instrucción primaria para los hijos del pueblo: los vástagos de las clases pobres ó poco acomodadas merecen mejor fortuna. No basta abrirles las Universidades para que aprendan ciencias inútiles ó perjudiciales á su futura suerte; es necesario confiarles los conocimientos de las profesiones y oficios que han de ser el ejercicio eterno de la vida material. Es bello y grande sin duda establecer tal régimen en la sociedad, que puedan fácilmente levantar su cabeza los humildes al nivel de las frentes poderosas: es noble conquista la de la civilización que no pregunta al genio donde ha nacido, al confiarle los primeros puestos del estado: queden abiertas las sendas para todas las ambiciones, pero no queden cerradas las vías mas generales, mas necesarias para la masa del pueblo. Las grandes instituciones son las que tienden á mejorar la condición social de los individuos y de las clases; las que hacen al fabricante y al operario desarrollar en su posición toda su inteligencia y su destreza, las que allan-



nan las barreras de las distinciones sociales á los hombres superiores, sin preguntarles su origen. El gobierno que, exento de las preocupaciones escolásticas, separe mas pronto la educacion del pueblo de la educacion de la gente acomodada, dejando la libertad de la eleccion, el gobierno que abra una instruccion especial é independiente á las artes, oficios y profesiones, teniendo solo en cuenta la utilidad pública, dará un impulso gigantesco y beneficioso á la sociedad española. Cuidar los intereses de la masa laboriosa es uno de sus mas importantes deberes: la ignorancia desata las revoluciones, así como la educacion del pueblo es la mejor garantia contra los trastornos revolucionarios.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

ROMANCES HISTÓRICOS

DE D. ANGEL SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS.

«Volver el romance á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía, y aprovechándose de todos los atavíos con que nuestros buenos ingenios lo han engalanado», es la empresa que, según sus palabras mismas, ha intentado el autor de esta coleccion. Entusiasta del romance octosílabo castellano, teniendo

presentes los grandes modelos que Sepúlveda y tantos otros poetas cuyos nombres han desaparecido nos han dejado en esas cuasi-epopeyas magníficas si bien incompletas, que á cada paso se hallan en los romances históricos, caballescicos y moriscos; admirador de las asombrosas descripciones que en ese metro escribieron Gongora y Calderon, el duque de Rivas ha querido restaurar la armonía rítmica que tan brillantes frutos ha producido, olvidada y desatendida hoy gracias al abuso que de su difícil facilidad han hecho copleros vergonzantes, y á la excomunion con que ciertos preceptistas clásicos la han anatematizado. Perfectamente acordes con las ideas vertidas en el prólogo de la obra, creemos que es un absurdo marcar á cada combinacion métrica distinta su lote y el género á que precisamente ha de servir: creemos que el metro es libre, completamente libre para el poeta, sin que haya otra regla racional en su uso mas que el gusto, la razon y la fantasia. ¿Hay una verificacion siquiera que no ofrezca ejemplo de esta verdad? En cualquiera pueden citarse trozos bellísimos, jocosos ó elegiacos, festivos ó patéticos, enérgicos ó pastoriles. Pero si ninguna razon asiste á la intolerancia de los críticos para negar asiento al romance en el congreso de los buenos metros castellanos, tampoco merece, en nuestro entender, ese exagerado encomio, ese entusiasmo ardiente que quisiera elevarlo á la supremacia sobre todas las combinaciones métricas de nuestra fecunda lengua. El romance ha sido, por decirlo así, la primer gala de la poesia española y ciertamente su forma mas libre y popular: mientras que en otras clases de ritmos tropezaba y enredábase á cada paso un idioma formado apenas, sin riqueza y sin armonía, campeaba brillante y sonoro en el romance octosílabo, enriqueciéndose á cada ensayo con nuevas frases, con nuevos giros, con excelentes conceptos, que daban á un tiempo fuerza y elasticidad al habla castellana. Ri-

ca y abundante la lengua, necesitó ya combinaciones mas armónicas y variadas, si bien mas difíciles y severas: entonces se desarrolló en sus bellísimas y múltiples formas el verso endecasílabo, la espresion mas pura y mas completa de un idioma abundante y pomposo: el romance no quedó por eso desatendido porque nunca debió estarlo: el drama le acogió en su seno y con él engalanaron sus brillantes creaciones Lope y Moreto, Tirso y Calderon. La poesía lírica sin embargo adoptó otras formas octosilábicas, y se entregó con preferencia al gusto italiano, al terceto, al soneto, á la silva y á las octavas. ¿Fué un capricho de la moda estrangera, fué una aberracion del gusto lo que causó esta revolucion en las formas primitivas de la poesía española? No lo creemos: la lengua, la civilizacion, el arte habian crecido con los años: sus antiguas galas eran ya hasta cierto punto estrechas, mezquinas y monótonas para la ambicion de sus miras y la altura de su vuelo.

Nos hemos detenido algun tanto, aunque mas de paso que quisiéramos, en el análisis del romance, porque el autor de la obra que tenemos á la vista le dá, á nuestro entender, una supremacia que no merece, en su bien razonado y erudito prólogo. Si nosotros pudiésemos dudar de la belleza de esta forma, si pudiésemos olvidar el romance del *Conde Claros de Montalvan*, casi todos los del *Cid*, y tantos y tantos otros que son poemas completos y magníficos, si creyésemos que debía arrinconarse el romance como metro pobre y cansado, ciertamente la lectura de los del duque de Rivas nos harian abjurar tamaños errores. El público conocia de antemano las mejores partes de esta coleccion: el *Alcázar de Sevilla*, *D. Alvaro de Luna*, el *Conde de Villamediana* y algunos mas eran justamente apreciados desde que circuló en España el *Moro espósito* á cuyo final se encontraban: otros, han sido impresos

en revistas y diarios, ganando reputacion y alabanzas para su autor, preocupado siempre por las altas hazañas y las antiguas glorias de su abatido país. Los romances del duque de Rivas tienen un mérito indisputable en la facilidad y armonía de la versificación, en la sencillez del estilo, en el colorido de los cuadros que presentan: hay un sabor castizo que agrada, una exactitud en los detalles que hace ver al lector las escenas que le ocupan: se conoce que el autor se ha alimentado con la meditacion de nuestros antiguos poetas y el exámen de arrinconadas crónicas. Las descripciones son en general fáciles y animadas: el diálogo vivo y conciso.

Tal vez sin razones de gran peso, preferimos entre todos los romances los que llevan por título *Una antigua de Sevilla* y *El conde de Villamediana*. Domina en ellos un interés mas original: estan mejor agrupados los objetos; la luz es mas clara; hacen mejor efecto sobre el lector. La figura sombría de D. Pedro de Castilla, la gallarda persona de D. Juan de Tarsis ocupan y llenan los dos cuadros: el primero vive entre riñas, verdugos y tormentos; el segundo muere entre flores, festejos y damas: el interés y la leyenda concluyen á la par.

No podemos decir otro tanto del *Solemne desengaño*: parécenos que hay poca accion en este romance: no cautiva, como los anteriores, la imaginacion del lector quien no viendo moverse á la Emperatriz, no conociéndola, no puede comprender la profunda y platónica pasion del marqués de Lombay: asi parece el cuento sobrado largo, porque no hay interés que sujete á la lectura. Contrario defecto si defecto puede llamarse, señalaríamos en los *Recuerdos de un grande hombre*: el autor ha andado escaso en demasia: al hallarnos frente á frente del piloto genovés, le seguimos ávidamente con nuestras miradas: con él sufrimos las

amargura de sus pretensiones en Córdoba; con él entramos en el gabinete de la reina Isabel; y cuando ya la fortuna le sonreía, cuando empieza Colón sus portentosos descubrimientos, cuando en recompensa de tantas fatigas le guarda el cielo penas y honores, disgustos y riquezas; entonces le roba el poeta á nuestras miradas que le contemplan por última vez á vista de las Antillas, en medio del Océano.

Si los estrechos límites de nuestro periódico nos lo permitieran, analizaríamos con mas detención las bellezas de la obra del duque de Rivas: tal vez tomaríamos entonces la ingrata tarea de señalar los lunares de que no está exenta ninguna producción humana; pero, tales como son en sí, los *Romanes históricos* son una adquisición para la moderna literatura española.

LÍCULO.

AMENA LITERATURA.

AGONIAS DE LA CORTE.

La fiel copia de unos papeles que llegaron á mis manos, sin saber cómo ni cuando, y que como el lector verá se reducen á una especie de historia, ó por mejor decir, á un trozo de historia de un quidam, que en ellos quiso escribir algo de su vida, me va á servir de argumento y de agonía para este mi segundo opúsculo histórico-mortuorio, que copiando al pie de la letra los papeles que arriba llevo dichos, empezará así.

—Si Dios quisiera que la poca educación que me dieron mis padres, que Dios tenga en su santa gloria, me pudiera servir de algo, bien sabe el cielo,

que con este recurso, haría yo llorar, con esto que de mi vida voy á escribir.

Perdóneme el lector si meto la hoz en mies ajena, para decir que así en este extravagante comienzo de historia, como en su continuación, no he podido menos de advertir muchas veces cierta confusión y falta de lógica, que forman un contraste muy singular, con la sensatez y formalidad, que según el sosiego de su estilo, debían ser las principales prendas del que escribió lo que vamos á leer. Puede nacer esta confusión, como él parece quererlo indicar en el principio tan oscuramente, acaso de que Dios no quería que la poca educación que recibió de sus padres, le aprovechara para escribir fácilmente, trasladando sus ideas al papel con la suficiente claridad. Sea de esto lo que quiera lo cierto es que la historia no está bien contada ni bien escrita si hemos de atenernos á lo que según parece deben ser las buenas historias.

—Yo, sigue diciendo el que bien ó mal, al fin, la cuenta, he sido siempre muy desgraciado y nunca he merecido mi desgracia, pero el mal de los otros me ha consolado, aunque siempre los he querido como está puesto en la razón que nos queramos los semejantes. Nunca me ha sucedido mayor desgracia que la última. El amor es en la buena filosofía fuente de grandes bienes y de grandes males: aunque se le llamara río, tan bien dicho estaría como fuente, y porque para mí lo ha sido y muy caudaloso y muy corriente y moliente, corriente de males y moliente de bienes, que todos me los ha reducido á polvo vano, por eso estoy yo así, y por eso tengo mal humor desde esta última desgracia y esto basta. Grande es la voluntad de Dios, pero no se la vé, y esto si se reflexiona es natural, porque todas las buenas prendas de Dios son invisibles, como su providencia paternal, que es espíritu puro. Necesito muchos consuelos y por eso los busco mas en la religión, que es donde

deben estar, que no en el mundo, porque ya se murio mi padre y por eso quiero entretenerme escribiendo su muerte que ha pasado sin ser sentida y por eso la he sentido yo mejor que nadie, porque estaba muy cerca y nadie me ayudaba ni hacia ruido.

Vinimos aqui, porque aqui como hay mucha gente como que es la corte, todos viven mejor que en otras partes, porque estan á la sombra del rey. Algunos reyes dan poca sombra porque son chicos, y otros la dan mala como la de la higuera y otros no dan sombra ninguna, sino que arrojando rayos de viva luz hacen desaparecer toda sombra de sus reinos, pero al fin y al cabo mas calienta el sol que ellos. Es mucha confusion la de una corte y no sabe uno lo que pensar á punto fijo. Mi padre era muy conocido en el pueblo en que antes habíamos vivido, pero aqui en Madrid nadie le llegó á conocer, ni tampoco los vecinos que vivian en la misma casa, y esto es muy raro porque eran lo menos trece familias, es verdad que estaban todas tan enredadas, que yo tampoco llegué á conocer á nadie: puede que todos se quejaron de lo mismo. Yo me habia enamorado allá en mi pueblo antes de esto que voy contando. Lucia era hija de una pobre viuda que habia sido mujer de un compañero de mi padre. Mi padre la aborrecia de todo corazon, cosa extraña, porque era mi padre el hombre mas dulce y mas cristiano que Dios ha echado al mundo. Lucia y yo no nos conocimos por amistad de nuestros padres, nos conocimos, ó por mejor decir, la conocí yo á ella, guiado por el amor. Habia yo salido una noche de diciembre, el dia siete, llevado por mi melancolia, á dar cuatro vueltas por un paseo muy solitario que habia y debe haber aun en mi pueblo: la noche no estaba oscura, y solo una neblina cenicienta era la que hacia que no fuera una noche clara y hermosa. En otras muchas cosas tenia yo que pensar aquella noche, pero apenas me ví

solo y lejos de lo que todo el dia me habia estado atormentando, cuando todas las particulas abstractas de mis innumerables pensamientos, se reunieron en cuerpo, y de lo que no era otra cosa que desperdicios de pensamientos útiles, formados por deseos vagos que á cada pensamiento le sobraban, vinieron á hacer el pensamiento mas inútil, que hoy día, porque entonces no pensé asi, creó que puede apoderarse de un muchacho todo entero, porque no se apodera este pensamiento solo de su cabeza ó de su corazon, sino de todo él, desde los pies hasta la cabeza. El pensamiento del amor se apoderó de mi de tal manera, que no me acuerdo ya de lo que entonces me divertí.

A la verdad que me hacia mucha falta una muger. ¡Cosa mas rara!—al través de la neblina, alcancé á distinguir enfrente de mi y á alguna distancia, cerca de la fila de casas contiguas al paséo, una figura blanca, seguida de una cosa negra que saliendo de ella misma, no parecia sino que á cada paso, perdía de su blancura la figura aquella, y convirtiéndose en negra, dejaba un rastro de este color, que es lo que las sucede en el camino de la vida á las figuras mas blancas, á cada paso que dan. Me acerqué corriendo, llevado mas que nunca por mis ideas de amor; como en el espacio que tenia que atravesar, di tres ó cuatro tropezones, cuando llegué cerca de la figura; ya esta iba á entrar en una de aquellas casas; pero no entró antes de que yo tuviera el gran placer de distinguir que era una muger, esbelta, de deliciosas formas, con el cabello suelto, que era la cosa negra que la seguía, y vestida de blanco, lo que me dió tanto frio en el tiempo que hacia, que me rebujé con fuerza en mi capa. Luego discurrí que mejor hecho hubiera estado no abrigarme yo tanto, y ofrecerla la capa. Entró aquella muger en la casa y yo me quedé solo y con mis ideas de amor á la puerta.

El frio me hizo mudar de posición y comencé á pasear. Hasta entonces mis pensamientos no se habian fijado en ningun objeto, y habian vagado de una parte á otra sin hallar sosiego en ninguna; pero como aquella muger vino tan á propósito á presentar á mis ojos la imágen, sobre poco mas ó menos, de lo que mi imaginacion andaba buscando, desde aquel momento todas mis ideas formaron en torno de ella un círculo y cada una la pedía lo que la hacia falta. Pedido de mil distintas maneras, lo que todas ellas pedían era amor. Otras ideas tenia yo que hubieran seguramente pedido otra cosa; pero estas no entraron en corro, como era muy natural que sucediera, por ser yo entonces mas jóven, y no poder pensar mas que en una cosa, con un olvido completo de todo lo que no tuviera relacion con ella.

Para eso ahora no puedo pensar en una sola cosa ni de una sola manera, sino que cada idea se enreda en otras y me las saca enredadas como dicen que sucede con las cerezas, aunque á decir verdad, un dia que de una cesta, quise robarla algunas á mi madre, fiado en esto que se dice de las cerezas y por hacer el hurto con mas delicadeza, tiré solo del palito de una, y una me salió, lisa y coloradita como unos cielos. En las cosas mas pequeñitas, va acostumbrándose poco á poco la suerte á ser juguetona y mala, cosa muy natural, en razon de que en eso se diferencia la suerte perra de otra porcion de suertes sin nombre de animal, de que se compone la fortuna. Sin pensar en otra cosa que en aquella muger, me quedé tan frio, que segun creo estuve allí paseándome casi toda la noche. Dormí bien y por la mañana amanecí con una idea nueva que me convertia en todo un hombre.

Era cosa de casarse porque yo necesitaba amor y mi corazon no podia ya vivir sino unido á otro, y ademas para eso ha nacido el hombre, cosa muy natural en razon de que ha nacido para todo lo que hace, y eso lo hace casi

siempre el hombre, por mas que nadie sabe como se las compone para hacerlo. Se lo dije á mi padre que me preguntó, con quien, y como yo no lo sabia, no me dijo ni sí, ni nó, ni me habló una palabra de nuestra pobreza. Salí al momento y me fui á la casa donde habia entrado la noche antes aquella muger. Llamé, me abrieron y subí. El cuarto era tan bajo de techo que cuando entré, al tiempo de estirarme un poco para decir con dignidad lo que yo llevaba pensado en vez de saludo que era esta frase,—mis intenciones son buenas; quiero casarme;—pegué con la cabeza en una viga y me hice bastante mal.—«Mayor fortuna no podía entrar por las puertas de mi casa, dijo la madre de Lucia, tu padre hijo mio, era compañero del de mi hija y por cierto que no se ha portado bien con la pobre viuda de su amigo íntimo.» Pero hijo mio ¿dónde has conocido tú á Lucia? «Yo te he visto muchas veces por ahí, y te he mirado mucho, pero nunca he observado que nos mirases tu; vamos está visto, los jóvenes nos la pegais como quereis á los pobres viejos.»

Yo creo que no es mas encendido el color de la grana que el que entonces salió á las mejillas de Lucia, que vestida con el mismo vestido de la noche anterior, que no era enteramente blanco, y cosiendo en frente de su madre, labor que solo habia interrumpido para tirar del cordel de la puerta, estaba tan hermosa que no necesitó yo mas que verla para enamorarme verdaderamente, y darme á mi mismo la enhorabuena, del tino con que mi instinto me habia llevado á ciegas á encontrar mi felicidad. Saqué á la madre de Lucia de su equivocacion y pinté como mejor pude el amor que habia concebido tan repentinamente por su hija. Esta ni me miraba, ni se daba por entendida de ninguna de las satisfactorias expresiones que su madre me dirijia.

Parece imposible que los matrimonios se hagan con tanta facilidad; á los quince dias de esto, ya habia yo vencido,

luchando casi á brazo partido con mi padre, y habia adquirido la pacífica y santa posesion de una mujer, cosa muy natural en razon de que habia yo hecho mas que nadie en este negocio. Mese paré llorando de mi padre que no quiso vivir con nosotros: esta separacion me causó mas dolor que placer me habia causado mi union con la nueva familia; pero no me duró mucho la suegra, que a los ocho dias de enfermedad, habia ya concluido con todos nuestros recursos, sin que por eso la faltara nada en los veinte que estuvo en la cama. Todo el barrio sabia el apuro en que nos encontráramos, y á todos los vecinos les hacíamos tanta gracia los dos recién casados, que no hacian conversacion de otra cosa que del trance en que nos encontráramos, que era indudablemente una de las cosas mas notables que sucedian en la ciudad. Cada conversacion de estas, tenia por resultado algun socorro, cosa muy natural en razon de que no hay como hablar de las desgracias, para socorrerlas.

Aquí donde yo estoy ahora no se habla nada de nada.

Entre las mujeres que en aquella desgracia nos ayudaron, lo menos encontré cuatro tan buenas como mi madre. Hay mucha jente buena en el mundo, en los sitios en que hay poca.

Nada la faltó á mi suegra, á no ser la vida. Murió, sin que nosotros nos separásemos de su cabecera, rodeada de tres ó cuatro, antiguas amigas suyas, y espiritualmente consolada por su confesor, que lo habia sido muchos años, y la queria íntimamente, como á su hija de penitencia. Murió mi suegra felizmente, y tanto que hasta el obispo se interesó en su muerte, y gracias á los pasos que dió el confesor con un cura amigo suyo, gran familiar de su ilustrísima, de su mismo bolsillo hizo el obispo una limosna, para hacer á mi suegra un entierro bastante decente, que no hubiera la pobre disfrutado si no hubie-

ra sido por tantas relaciones como en medio de nuestro aislamiento y pobreza teníamos en la ciudad. Lucía lloró mucho, y estaba tan hermosa en su dolor, que me hizo llorar á mí, y todavía me acuerdo de los buenos ratos que pasé llorando. Entonces volví á reunirme con mi padre.

¡Ay de mí! Todas estas cosas que por ser de mi amor he recordado, estan muy lejos de ser lo que yo quiero escribir, pero es cosa muy natural que me haya distraído algo de mis penas, en razon de que todos son sentimientos, Lucía, y mi padre. Era bueno, muy bueno, y mejor para mí, un poco viejo, algo alto era, pero yo bien alcanzaba á abrazarle, y en uno de estos abrazos, le hice consentir en venirse conmigo á Madrid. Lucía se alegró infinito de esta determinacion, y aunque á nadie le importe que nosotros viniéramos contentos, á mí me hubiera importado que mi padre hubiera venido con mas alegría, como es muy natural en razon de que yo era quien le traía.»

Y aquí, benévolo lector, interrumpo esta copia, porque, puesto que esta, aunque no interesante, verdadera historia, no ha de poder ser copiada en un solo número de este periódico, bueno será que me aproveche como quiera de su contexto, para cerrar un capítulo cuando mejor me pareciere, confiando como confío en tu buen gusto, tolerante lector, para que si has de formar mal juicio de lo que te voy copiando, aguardes por lo menos á que la historia concluida, se encuentre en estado de ser toda ella condenada por mayor y de un solo rifirrafe de tu respetable mal humor que Dios bendiga, para diversion tuya y entretenimiento de los escritores maleantes.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

La luz del crepúsculo.

La calma es la felicidad: la quietud es el paraíso, y sin embargo todos corremos y nos agitamos sin cesar, buscando alguna cosa que debe existir lejos, muy lejos de nuestra presencia. La vida es una peregrinación, dice el profeta: la vida es un combate, dice el ambicioso: la vida es un sarcasmo de la providencia para la infeliz criatura, dice el misántropo: la vida es una senda del cielo, dice el creyente: la vida no es más que el juego complicado de nervios y de músculos, dice el escéptico. Algo de todo debe ser cuando están abiertos todos los caminos; pero la agitación continúa, la fatiga, la lucha, el trabajo eterno son la muerte. Dios ha creado al hombre para ver y para pensar: ninguna participación le ha dado en el mundo que es su obra: le ha dicho que contemple y que admire en el silencio de la oración y en la soledad de su alma. Y cuando para sustraerse á un fallo que no alaga sus ambiciosas miras, se afana la humanidad en la realización de su esperanza loca, ¿á donde vá á parar? Levanta palacios y ciudades que desaparecen á los pocos años de la tierra: el viento del desierto arrastra sus ruinas, y las razas decrepitas ó salvajes inundan los emporios de civilización que soñaron eternos sus fundadores. Y el curso del tiempo no se altera sin embargo; y el hombre que tan poderoso se cree, no puede acelerar en una hora el nacimiento de una planta, ni suspender por un momento la gota de lluvia que cae lentamente de las nubes. Las estaciones pasan y vuelven á pasar para hacerle padecer con su inconstancia: las nieves y los vientos y los calores del sol vienen alternativamente á destrozár su débil organización; y sin embargo él se ha

hecho de propia voluntad señor del mundo; y todo le obedece y manda en todo, sin pensar que aun en el pequeño globo que habita por un día la naturaleza sigue leyes que le son desconocidas, y que le agovian, porque no están hechas para su exclusivo bien.

Como para ser filósofo no hay mejor remedio que estar fastidiado, revolvia yo estos pensamientos en mi mente, una mañana que al dar la vuelta al Retiro caía á plomo sobre mi cabeza un sol algo restablecido de su enfermedad de invierno. El viento que venía de Guadarrama me enfriaba al mismo tiempo con su sople fatal, haciendo esta combinación de dos causas contrarias el peor efecto que sobre máquina humana han hecho nunca las inclemencias de las estaciones. El día no se ha hecho para vivir, puesto que todo viene á incomodar durante el día: el sol no aparece en el cielo para ser el farol de la humanidad ni para alegrar su tristeza: el sol viene á fecundizar los llanos, á dirigir las fuentes, á dar vida á las plantas y á otra porción de cosas que cualquier amigo naturalista me explicaría con facilidad suma: el hombre pues nada tiene que ver con el sol: si alza su cabeza para adorarlo, la pérdida de su vista es el castigo de su imprudencia: sus rayos le lastiman: su presencia le agovia.

Pero si el astro orgulloso oculta su disco inflamado detras de los montes ó en las olas de la mar, ¡qué dulcísima calma sucede á la fatigosa actividad del día! Parece que se levantan las flores encorbadas en sus tallos, que adquieren melodía las aguas de los lagos, y dulzura las brisas de los bosques. Reclinado en la baranda del estanque del Retiro contemplaba ayer el ocaso del sol en un cielo azulado y puro: apagábase sensiblemente la furia del viento y las verdes ondas caían sin fuerzas las unas sobre las otras,



BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

menos binchadas cada vez, cada vez mas melancólicas y transparentes. Apenas se agitaban los raquíuticos arbustos que crecen en las grietas del borde y las aguas del estanque, casi inmóviles ya, reflejaban las nubecillas rojas inflamadas con los últimos rayos del astro moribundo. El silencio reinaba al rededor de mí: apenas sonaban las ramas de los sécos arboles mecidas por el viento que espiraba: á lo lejos las blancas cumbres de Guadarrama confundían sus contornos en los vapores pálidos de la atmósfera. Avanzando en rápido vuelo, pronto envolvieron el embarcadero con sus galerías y los árboles de los jardines: confundíase así y alejábase el estrecho horizonte: el estanque parecia entonces la playa de la mar. Poblábase en tanto de claras estrellas el cielo, y menguante la luna plateaba la neblina ligera que se extendía por los aires. Partida en orlas de perlas, la superficie de las aguas aparecia estensísima: cada vez era mas profundo el silencio: aquellos sitios, animados durante el dia con los alegres juegos de la infancia, estaban solos: los años del estanque pasaban nadando lentamente, gozando de la calma de la noche. Y lejos, muy lejos, como si muchas leguas le separasen, se escuchaba un eco vago, indistinto, el ruido remoto de una gran capital que confunde sus mil clamores en un rumor que llega leve y melodioso, purificado por la distancia.

Así en el recogimiento de la soledad, en esa oscuridad que, confundiendo todos los objetos, no permitía distraccion alguna á los sentidos, sin sensaciones producidas por las imágenes exteriores, replegábase el alma en sí misma, sola con los cielos y con sus dudas. Las quejas errantes de las brisas, las notas misteriosas de las aguas, añaden pábulo á la meditacion. Parece que el corazon se abre á todas las emociones dulces y que los recuerdos de la vida suavizan la amargura melancólica con que nos hablan. La dis-

traccion del entendimiento evoca las imágenes de lo pasado para preguntarles los secretos de la existencia que pasa sin dejarnos nada mas que cansancio y fatiga. Deshácese y espiran en nuestra imaginacion todas las mezquinas pasiones, los resentimientos que la actividad del dia nos hizo concebir; y mas grande, mas noble el alma cambia de naturaleza, purificando su esencia con nuevas y desconocidas sensaciones.

Todas estas y muchas mas estrañas ideas pasaban por mi cabeza, á la orilla del estanque del Retiro: habia cerrado entretanto la noche y volaba el tiempo y se aumentaba la humedad. Pero nada podia disipar la distraccion que me arrobataba y el singular encanto que tenían para mí las aguas y las estrellas. Agradábame aquel solitario silencio, y como S. Juan, me figuraba entonces al mundo de la civilizacion cual la prostituta pálida y bella como el vicio, depravada por el lujo y por la ciencia, á caballo sobre el monstruo que lanza sobre la humanidad torrentes de melosa ponzoña. Filósofo por casualidad, lamentaba entonces la estúpida indiferencia con que camina la sociedad á su ruina, al borde de un abismo que la ha de tragar temprano ó tarde, porque Dios ha levantado de ella su mano, y negándole la luz, la deja marchar á tientas y perdida entre tinieblas.

Yo no sé cuanto tiempo hubiese permanecido en esta situacion agradable, si el rugido del leon, que seguramente no se hallaba en aquel instante muy satisfecho de hallarse á oscuras en su jaula, no hubiera venido como la trompeta del arcángel, á llamarme á juicio: falta me hacia porque era muy tarde ya y el fresco de la noche habia entumido mis miembros. Levantéme y comencé á andar por las calles de árboles, sintiendo deslizarse sin saber como, mis pensamientos filosóficos al pasar por el Prado: sin sueños ni distracciones tomé mi billete de máscaras en Villahermosa; y con rubor lo confieso, al llegar á la carrera de San Gerónimo me pareció mas agradable

el vulgarismo resplandor de los faroles
que los tibios y soñolientos destellos de
la luz melancólica del crepúsculo.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

A LA TRASLACION DE LAS CENIZAS

de Napoleon.

Miseria y avidéz, dinero y prosa,
en vil mercado convertido el mundo,
los arranques del alma generosa
poniendo á precio inundo;
cuando tu suerte y esplendor preside
un mercader que con su vara mide
el jenio y la virtud, misera Europa,
y entre el lienzo vulgar que bordó de oro,
muerto tu antiguo lustre y tu decoro,
como á un cadáver fétido te arroja;

Cuando á los ojos blanqueada tumba,
centro es tu corazon de podredumbre,
cuando la voz en ti ya no retumba
vieja Europa, del héroe ni el profeta,
ni en tí refleja su encantada lumbre,
el audaz entusiasmo del poeta;
Yerta tu alma y sordos tus oidos,
con prosáico afanar en tu miseria,
arrastrando en el lodo tu materia,
solo abiertos al lucro tus sentidos:
¿Quién te despertará? ¿Qué nuevo acento,
cual la trompeta del extremo día,
dará á tu inerte cuerpo movimiento,
y entusiasmo á tu alma y lozanía?

¡Ah! solitario entre cenizas frias,
mudas ruinas, aras profanadas,
y antiguos derruidos monumentos,

me sentaré, segundo Jeremias,
mis mejillas con lágrimas bañadas,
y romperé en estériles lamentos!!
No que la inútil soledad dejando,
la ciudad populosa
con férrea voz recorreré cantando
y agitará la jente temerosa,
como el bramido de huracan los mares,
el son de mis fatídicos cantares.

No, yo alzaré la voz de los profetas,
tras mi la alborotada muchedumbre,
sonarán en mi acento las trompetas
que derriben la inmensa pesadumbre
del réjio torreón que al vicio esconde,
y el mundo me oirá donde
el precio vil de infame mercancía,
del ajiotista en la podrida boea,
avaricioso oía:

¿Qué importa si provoca
mi voz la befa de las almas viles?
¿morir qué importa en tan gloriosa lucha?
¿Qué importa envidia que tu diente afiles?
Yo cantaré, la humanidad me escucha.

Yo volaré donde la tumba oculta
la antigua gloria y esplendor del mundo,
yo con mi mano arrancaré la losa,
removeré la tierra que sepulta,
semilla de virtud, polvo fecundo,
la ceniza de un héroe jenerosa:
y en medio el mundo, en la anchurosa plaza
de la gran capital, ante los ojos
de su dormida degradada raza
arrojando sus pálidos despojos:
«¡Oh! avergonzados!» gritaré á la jente,
«¡Oh! de los hombres despreciable escoria,
venid, doblad la envilecida frente,
un cadáver no mas es vuestra gloria!»

JOSÉ DE ESPRONCEDA.

ALBUM.

PUBLICACIONES NUEVAS.

Tenemos á la vista las dos entregas que van publicadas de la COLECCION DE RETRATOS DE LOS REYES Y HOMBRES CÉLEBRES DE ESPAÑA y hallamos bastante correccion y finura en los grabados, y exactitud en las noticias biográficas que acompañan. La impresion tambien es esmerada, por manera que al recomendar al público la adquisicion de esta obra, no solo hacemos justicia á su mérito, sino que satisfacemos el deseo que nos anima de ver jeneralizadas en España esta clase de publicaciones, tan descuidadas hasta el dia por causas que todos sabemos y cuya designacion no es de este lugar.

De poco tiempo á esta parte, han visto la luz pública algunos tomos de poesias de nuestros jóvenes literatos; las de D. Ramon Campoamor publicadas por el *Licéu*, las de D. José de Espronceda, el poema de este mismo autor titulado *EL DIABLO MUNDO*, las poesias de D. José de Zorrilla, las de D. Nicomedes Pastor Diaz y otras que son ya bastante conocidas del público: ahora acaban de anunciarse los *ENSAYOS POÉTICOS* de nuestro colaborador D. Salvador Bermúdez de Castro y la primera entrega de un poema titulado *MARÍA*, de D. Miguel de los Santos Alvarez. No es aqui donde corresponde hablar del mérito literario de estas obras, pero si nos atrevemos á decir de ellas que su impresion es de lo mas elegante que hemos visto hasta ahora en España, y que cada una en su jénero puede satisfacer muy bien los deseos de los aficionados á esta clase de lectura.

LA HISTORIA DE LA FILOSOFIA UNIVERSAL, de que van ya publicados siete cuadernos de los 14 de que constará la obra,

merece por su naturaleza que dediquemos á ella algun artículo de nuestro periódico. La suma de datos que el autor ha reunido en un corto espacio y la sencillez y claridad con que estan tratadas las materias, la hacen recomendable, no solo para los que quieran adquirir conocimiento de los progresos del saber humano desde los tiempos mas remotos, sino para los mismos que habiendo hecho un estudio formal de la historia de la civilizacion, deseen conservar reunidas y hallar con poco trabajo noticias esparcidas en muchos volúmenes.

Dos obras célebres se están reproduciendo en el dia ilustradas con grabados; el *GIL BLAS DE SANTILLANA*, y el *QUEVEDO*; la última en particular puede citarse como muestra de los adelantos que de poco tiempo á esta parte ha hecho entre nosotros el arte de grabar en madera. El favor que ambas obras disfrutan del público, hace escusada nuestra recomendacion, pero no hemos querido dejar de citarlas entre las publicaciones modernas que mas honran á nuestros artistas, y realzan nuestra literatura.

Ya que nos hemos puesto á hablar de publicaciones, queremos hacer mencion tambien de la *ALHAMBRA*, periódico literario que se publica en Granada, el *LICÉU* que sale en Valencia, el *BOLETIN ENCICLOPÉDICO* de la sociedad de amigos del pais de la misma ciudad, y el *SEMANARIO POPULAR* de Barcelona. Cada uno de estos periódicos llena por su parte muy bien el objeto que sus editores se han propuesto, algunos cuentan ya años de vida y esta es la mejor réplica que puede darse á los que afirman que en nuestro pais hay poca aficion á cierta clase de lectura.

DIRECTOR Y EDITOR,
FRANCISCO DE P. MELLADO.